Encontrar la vocación

Autora

Andrea Tovar Pardo

Primer Premio

Categoría B • 19-30 AÑOS

2017

Autora

Andrea Tovar Pardo

***Murcia,** 1991*

Se graduó en Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid, y se especializó en Gobernanza y Derechos Humanos. Ha escrito en los periódicos La Verdad, con el blog Querido Millennial; eldiario.es en Disidencias de Género, sobre feminismo y LGTBI; y en las revistas culturales Relatos Sin Contrato, con el formato de autoficción Confesiones y murciainspira.es, con secciones como Increíblas. Ha publicado, entre otros medios impresos, en Tales Literary (2017) y Madera Berlin (2018) y ha obtenido algunos premios literarios como el Creamurcia (Mención, 2017; y 1º Accésit, 2018), así como el Premio Café Madrid de la Escuela Fuentetaja (9º finalista entre 899 participaciones, 2018). También expuso el poemario visual 'Anestesia' en la galería Mutuo (Barcelona, 2019). Es correctora y redactora freelance para varias empresas y trabaja en un proyecto de serie con la agencia Scenic Rights. Ha publicado la novela El fin del mundo con la editorial Hidroavión (2021).

ENCONTRAR LA VOCACIÓN

Andrea Tovar Pardo

- Acábate los espagueti, Rafi. Y ayuda a tu hermana.

- Nadie tiene que darme de comer- respondió Carmencita- Ya soy mayor.

- Pues demuéstralo- contestó la madre, limpiándole las comisuras de los labios con la bata. Sin embargo, cuando quiso darse cuenta, era la falda del vestido la que había recibido el restregón de salsa de tomate- ¡Qué desastre!

Hizo ademán de sentar al bebé en la matrona, pero interrumpió su maniobra el tirón de pelo. Su manita se aferraba al mechón oscuro, salpicado también de potito de verdura y alguna que otra cana.

Reprimió un sollozo, se zafó del pequeño y dejó a cargo a Rafi durante unos instantes. Trató de adecentarse con rapidez frente al espejo, atusando el cabello y corrigiendo el pintalabios… a quién quería engañar. Apoyó los brazos en el aparador y dejó caer la cabeza un segundo. Su marido no iba a volver a mirarla. Podría escribirse su nombre en el escote con salsa de tomate; ni siquiera lo apreciaría. Era su tarea reconquistarle, según la psicóloga del colegio. Era verdad que no lo había dicho con esas palabras exactas, pero al fin y al cabo, ¿qué significaba, si no eso, reforzar la estabilidad en el hogar?

A la mierda la psicóloga del colegio. Tenía tres hijos que cuidar. Y la primera parte de esa tarea consistía en alimentarles, en darles de comer, sí, en nutrir sus cuerpos, aunque para cenar tuviera que servirles sus propias entrañas.

- Trae aquí- arrebató el bebé de los brazos a Carmencita, que le ofrecía espagueti con una sonrisa mellada deslumbrante- Eso no se hace.

Rafi apartó el plato para dejar claro que había acabado. Al ponerse en pie, arrastró la silla con gran estrépito.

- Ya sabes que la vecina sube a echarme la bronca por ese tipo de ruidos- chistó a su primogénito. Cada vez estaba más gordo. Quizá se metieran con él en el colegio, y por eso hacía pellas, el pobre- ¿Has terminado los deberes?

- Sí- mintió. Tenía asuntos más importantes que atender- ¿Dónde está papá?

Su madre puso esa cara, como si acabase de penetrarle en la nariz un olor nauseabundo.

- Llegará en un rato. ¿Por qué? ¿Necesitas que te ayude con las Mates?

- No. Por nada.

Rafi avanzó hasta su cuarto con paso ligero. Habría corrido, pero no quería llamar la atención. Cerró la puerta tras de sí. Necesitaba tanto ese pestillo. Siempre le decían que lo pidiera por Reyes, pero jamás se lo regalaban. No podía instalarlo él mismo, puesto que le prohibían taxativamente manejar la caja de herramientas. La privacidad, para sus padres, empezaba a partir de los dieciocho años.

Porque estaba claro que ellos sí gozaban de toda la privacidad del mundo.

Dudó unos segundos antes de abrir el cajón, por si su madre llegaba y lo fastidiaba todo. Decidió meter todo debajo de la camiseta y llevarlo al cuarto de baño para elaborar la estrategia.

Caminó de puntillas y, por fin, pudo encerrarse en un lugar seguro. Respiró aliviado. Abrió el grifo de la bañera y esparció las cosas por el suelo. Quería analizarlas detenidamente.

En la primera fotografía, podía verse una señorita rubia riendo, sentada en la mesa frente a un hombre con algo de calva. La siguiente era de perfil, en posturas parecidas. La mejor de todas, su obra maestra, era la última: su padre agarraba la mano de la señorita y le besaba el dorso.

Con todo el zoom que permitía la cámara de dieciséis megapíxeles de su iPhone 7, había retratado el instante desde una posición segura, tras la hilera de coches más cercana a la cafetería. ¡Lo había conseguido! Sí, de acuerdo, se había saltado unas siete clases, pero al final ahí estaba, el fruto del sacrificio. Se acercó tanto la foto que empezó a verla borrosa. ¡Qué maravilla!

No era por fardar, pero había seguido las pistas con habilidad. A su padre siempre le llamaban por teléfono cuando veían juntos el telediario de la noche, y entonces él abandonaba el salón para hablar en susurros desde el cuarto de baño, igual que él en ese momento. ¡Quizá, precisamente porque era el único sitio con pestillo!

Un día, le picó la curiosidad y utilizó el vaso de plástico, como le habían explicado en clase de APPA (Artes Plásticas y Psicomotricidad Avanzada), para escuchar la conversación. No alcanzó a oír gran cosa, pero su radar detectivesco se activó. Lo llevaba dentro.

Aprovechó para rastrear las llamadas cuando su padre se adormiló en el sofá. El número no estaba registrado como contacto. Apuntó varias opciones.

Al día siguiente, llamó desde número oculto hasta dar con una voz dulce y femenina. La agregó como contacto y miró su foto de Whatsapp. No era muy guapa, su madre era mucho mejor que esa mujer. Tenía el pelo rubio quemado y la nariz torcida. Llevaba los labios pintados de granate oscuro. Entonces buscó su nombre en Facebook y ahí estaba: trabajaba en la empresa de seguros de su padre. ¡Bingo!

Luego, sólo había sido cosa de montar guardia. Su padre solía desayunar a las once en el bar más cercano a su trabajo. Más de una vez le había acompañado al salir del dentista.

El resto… bueno. Se había permitido la licencia de grabar las fotos en un USB para luego imprimirlas en la tienda de fotografía. Así, la maniobra tendría más impacto.

Las miró otra vez. Ahora esas instantáneas se parecían a las de los álbumes de casa, donde su madre salía embarazada una y otra vez, con las mejillas encendidas y la coleta muy larga. Incluso su padre tenía la cabeza llena de rizos en aquellas fotos…

Un golpe seco perturbó su concentración. La madre llamaba a la puerta.

- ¿Se puede saber qué haces ahí dentro tanto rato?

- ¡Me estoy duchando!- contestó Rafi. Luego pensó que, en efecto, debería mojarse un poco. Cuando mentía a ese respecto, su madre siempre le pillaba. Era una especie de bruja.

El contacto de la llave en la cerradura de la entrada resonó por el pasillo.

- ¡Date prisa! ¡Tu padre acaba de llegar!- le informó a gritos.

A su marido le gustaba darse una larga ducha cuando volvía del trabajo. Ella estaba empezando a sospechar que ahí dentro, Rafi y Rafael hacían… la misma cosa. Todo estaba fuera de control, y ella no tenía cuatro pares de ojos para vigilar a cada miembro de la familia, más si uno aún no rebasaba el año de edad. Estaba tan cansada que… que si lo pensaba…

Sacudió la cabeza y los mechones que los restos de potito habían solidificado le golpearon levemente la barbilla.

- ¿Qué tal el día?- preguntó a Rafael.

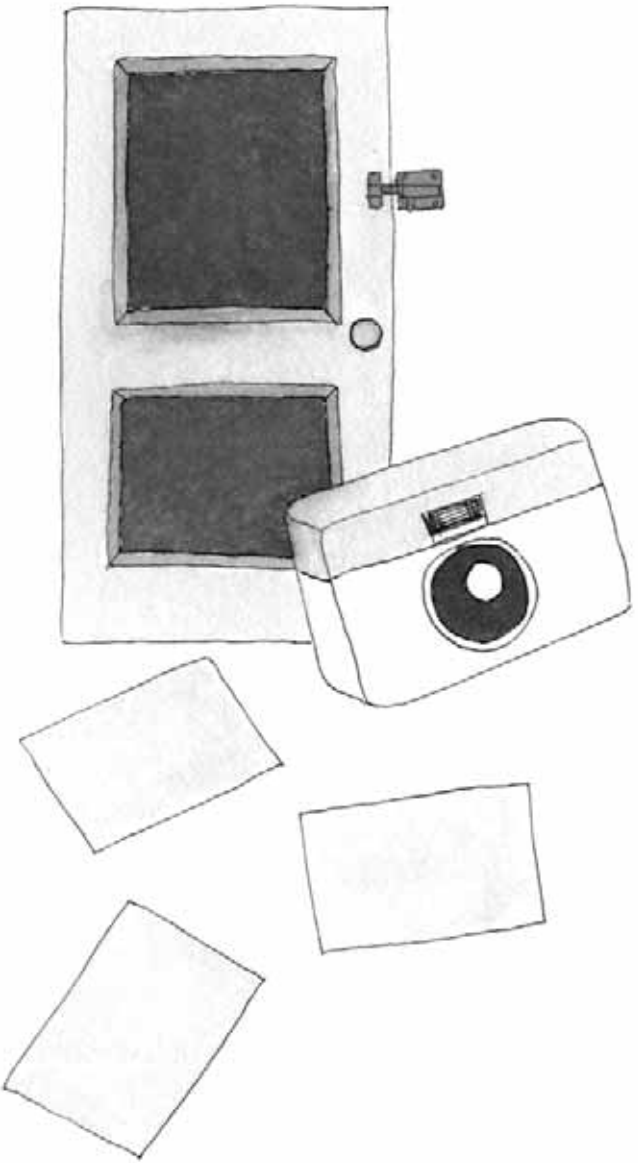
- Igual que siempre.

Él no preguntó, por supuesto, cómo había transcurrido el día de su esposa. Su esposa no existía, porque no salía al mundo real, ni calzaba unos zapatos lustrados, ni tecleaba números frente a una pantalla. Sólo cocinaba, limpiaba culos y charlaba con psicólogas escolares.

- Haz el favor de tener ya la conversación con Rafi.

- ¿Qué pasa? ¿Está tocando la zambomba ahí dentro otra vez?

- No digas eso. Rafi no hace esas cosas- resopló- Tienes que hablar con él de sus asignaturas, del colegio, de qué le gustaría hacer de



mayor y esas cosas, para que se anime y no se convierta en uno de esos casos de abandono escolar. Lo haría yo, pero la psicóloga del colegio insistió en que su padre debería abordar el asunto, porque lo sentiría como un vínculo que…

Rafael soltó una carcajada y sacó el paquete de tabaco del bolsillo del abrigo. Ella suspiró, dándose por vencida. Le arrebató el paquete y volvió a guardarlo en su sitio.

- Aquí no. En nuestra habitación, si quieres.

Rafael recorrió a grandes zancadas la distancia mínima que separaba el baño del dormitorio del matrimonio. Sin dejar de mirarla, colocó los pies justo en la línea divisoria de la estancia con el pasillo, mordió la boquilla de un cigarro, lo encendió y soltó el humo hacia ella.

- ¿Así mejor?

No fue el humo lo que hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas. Para variar, no eran de tristeza, sino de impotencia. Le habría gustado ir tras él y cruzarle la cara de un guantazo. Aunque eso habría sido poco ético, y del todo contrario a sus creencias. Ella despreciaba la violencia y a los que hacían uso de ésta para hacer valer sus argumentos.

Aunque… siempre hablar y hablar, convencer a los críos de que se coman los espagueti, y de que hagan los deberes, y de que no se toquen en el baño, y convencer a la psicóloga de que una es buena madre por todos esos motivos, y convencer al marido de que aún hay potencial en esos pechos desinflados después de dar de mamar, y de que el niño no se toca en el baño, sólo para que no le haga bromas al respecto, porque el niño es sensible y necesita apoyo paterno y estabilidad en…

Ay. Un buen guantazo a cada uno. Una buena hamaca en las Bahamas.

- ¡Sécate ya!- chilló a su hijo mayor, antes de volver a la cocina.

Rafi escuchó los pasos de la madre, cada vez más amortiguados, y antes de salir completamente vestido, miró a ambos lados. Se pegó a la pared y la recorrió así, de lado, con las fotos bajo la camiseta, hasta llegar a la habitación de los padres.

Rafael le miraba, burlón, con la tripa enorme al aire.

- ¿Qué hacías ahí, si no te estabas duchando…?

- Calla- ordenó Rafi- Tengo algo que te va a interesar. Y mucho.

Rafael abrió la boca para protestar. Menuda bronca le habría echado, crispadas sus cejas en forma de uve, las narices dilatadas de rabia… que, mágicamente, volvieron a su estado inicial, reposado, alerta, y luego se tensaron de espanto al inclinarse sobre las instantáneas que su hijo mayor había repartido sobre la colcha blanca del lecho conyugal.

Boqueó un par de veces. Estaba pálido. Rafi esperó con paciencia a que lo asimilara. Por las películas que había visto, podían pasar tres cosas: o que se volviera loco de ira, o que negara la obviedad, o que negociara. Esperaba que fuera esta última opción.

- A ver, papá- dijo, harto del mutismo de Rafael- Yo no quería ver estas cosas, pero pasé por delante de la cafetería y ahí estabais. En fin… no creo que a mamá le haga mucha gracia. Por eso te las he enseñado a ti primero.

Parpadeó varias veces y levantó la vista, por primera vez, hacia su hijo. Se apoyó en la cama, aplastando las fotos, y le miró con fijeza.

- Es sencillo- siguió Rafi- Lo único que quiero es un pestillo.

Rafael se frotó la cara con vehemencia. Levantó una mano, como pidiendo un tiempo muerto, y musitó:

- ¿Un… pestillo?

- Eso es. Lo he pedido miles de veces por las buenas, y nada. Voy a ser detective, así que necesito un espacio para trabajar.

- Sí… claro- su padre, a pesar de seguir lívido, no pudo reprimir una débil risotada- Será por eso que quieres un pestillo tan desesperadamente.

- ¿Por qué iba a ser, si no?- dijo Rafi, arrugando la frente.

Rafael valoró un segundo si podía permitirse más licencias cómicas, dada la situación en que se encontraba. Si su mujer veía esas fotos… No era la primera vez que se interesaba por Lidia. Qué rubia es Lidia, y por qué Lidia sigue soltera, y cuánto te mira Lidia –en la cena de empresa-. Aunque se tratara de un inocente almuerzo,

aunque sólo besara su mano, eso supondría un divorcio inmediato. Y para ser sinceros… ¿quién podría sufragar la pensión de tres menores de edad? Le desplumaría vivo.

Si se trataba de perder la dignidad frente a su hijo, lograr que destruyera las fotos, ceder la autoridad que su condición de adulto le confería, comprar un pestillo de, ¿cuánto? ¿Cinco euros?… A cambio de ahorrar novecientos euros al mes… Estaba más que claro.

- Cuenta con ello.

A Rafi le faltó anchura en el rostro para tanta sonrisa.

- ¿Cuándo?

- No sé… el jueves.

- Mañana, mejor.

- De acuerdo- se rascó la calva- Te recojo del colegio y vamos a la ferretería a que elijas el que más te guste.

Rafi recogió las fotografías con rapidez. Se quedaban pegadas a la tripa desnuda bajo la camiseta.

- Gracias- dijo, y volvió a su habitación.

Durante el telediario, Rafael echaba miraditas furtivas a su hijo. Él se las devolvía de tanto en tanto, muy feliz y tranquilo, y movía los pies en el aire, tumbado boca abajo, sujetándose la barbilla con los nudillos.

Cuando Carmencita se durmió, en último lugar, su mujer le pidió que la llevara a la cama. Él obedeció. Cargó con el cuerpecillo de la niña y se puso en pie.

- Oye- susurró, para no despertarla- Mañana recogeré a Rafi del colegio.

Sería por el contacto caliente de la piel de su hija, pero una oleada de candor recorrió su pecho cuando vio los mofletes de su mujer colorearse, como antes, cuando se sonrojaba por cualquier tontería, cuando eran jóvenes. Ella, al sentir alegría, se encendía por dentro como una bombilla. Hacía mucho que no contemplaba un espectáculo semejante.

- ¿De verdad?- se llevó las manos callosas a los labios- ¿Habéis… hablado?

- Vaya si hemos hablado.

La barbilla le temblaba. Se sentía culpable. Había llegado a creer que estaba sola en esa casa, solía lamentarse en voz alta de ello. Era injusto. Su marido seguía a su lado. Ahí estaba, con la niña en brazos, como un hombre de verdad, y a la vez compasivo y tierno, charlando con Rafi, orientándole en sus estudios. La psicóloga del colegio estaría más que orgullosa.

- No te preocupes. A partir de ahora, seguro que se centrará más en clase, y estudiará tranquilo en su habitación por las tardes, sin que le molesten sus hermanos.

Ella interrogó sin palabras, con la frente tan estirada de admiración que el cabello le comenzaba dos dedos detrás de lo habitual.

- No sé, mujer. Por lo visto, ha encontrado su vocación.